

Claudio Como

## **DISCURSO DE APERTURA DEL COLOQUIO**

Buenos días a todos!  
Bienvenidos!  
Bienvenidos a nuestro 23° Coloquio!  
Queridas amigas, queridos amigos,

Después de los saludos que me precedieron, les pido que me permitan entrar brevemente en el espíritu de nuestro encuentro europeo de 15 Naciones entre cristianos que consideran de extrema importancia el futuro de la parroquia en una sociedad que se transforma rápidamente.

No es solo el 40° aniversario de la Constitución conciliar 'GAUDIUM ET SPES' que nos ha sugerido el tema conductor de este Coloquio.

La relación entre Dios y el mundo, nuestro mundo y en consecuencia, las relaciones de los cristianos con sus contemporáneos y con la realidad que les rodea, constituyen la esencia de la Revelación cristiana y son, por lo tanto, parte integrante de la identidad de la Iglesia y de cada discípulo de Cristo.

El evangelista Juan nos ha transmitido dos conceptos de mundo. No quiero entrar en especulaciones exegéticas y teológicas, pero aquello que frecuentemente prevale en nuestras formas de ver y de juzgar es el aspecto negativo, oscuro („y las tinieblas no pudieron vencer la luz", Jn. 1,5) es ciertamente contradictorio del mundo, de los hombres y de su historia. Los medios de comunicación de masa nos lo echan en cara cotidianamente.

Encima del título de nuestro Coloquio se encuentra la cita de Juan 3,16 tomada de la conversación nocturna de Jesús con el jefe fariseo Nicodemo: „Tanto amó Dios al mundo que entregó su Hijo Unico....”

Una vez más necesitaríamos de los exegetas para explicarnos la riqueza y la profundidad de aquella frase „Tanto amó”: es la misma terminología usada para indicar las relaciones trinitarias entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y bien, es esta la medida y la cantidad de amor de Dios y de su cuidado por el mundo. Por lo tanto no es un sentimiento, sino una persona: es sí mismo que Dios entrega a los hombres en la persona, en la vida, muerte y resurrección de Jesús.

También nosotros, cuando queremos dar el máximo no regalamos cosas, objetos, sino a nosotros mismos. El mundo, este mundo, en su realidad y complejidad es amado. Y este amor se llama nada más y nada menos que JESUCRISTO.

La simpatía, la confianza, la esperanza y la solidaridad con el mundo de un Concilio rápidamente olvidado, no son por lo tanto el fruto de la mentalidad del tiempo, de las ideas de algunos teólogos, de una utópica y visión pacífica eclesiológica, porque tienen un sólido fundamento teológico en el amor salvador, gratuito y universal del Dios de Jesucristo.

Las consecuencias pastorales son rápidamente establecidas y ciertamente el fatigoso pero fructífero trabajo en los grupos hará aflorar también indicaciones prácticas.

En primer lugar una mirada abierta y acogedora sobre el mundo habitado e infinitamente amado de Dios.

El Espíritu que Jesús ha diseminado abundantemente sobre el mundo con su Pascua, vive cada realidad: la cultura, la economía, la familia, los jóvenes, la ciencia y .....hasta la política.

A pesar de las apariencias y de las contradicciones está en nosotros descubrir la presencia y la potencialidad positiva que esta presencia encierra en sí misma

·  
Será un descubrimiento que lleva a la felicidad de sentirnos precedidos por él, de este Amor operativo y real y será también una inyección fuerte de esperanza para ponernos a trabajar con una nueva conciencia.

¡Soy párroco y no vivo entre las nubes!  
Conozco muy bien cuáles son las dificultades externas e internas de una comunidad cristiana.

Vivimos ciertamente una realidad más compleja y a menudo más dramática que aquella de los años 60 en los cuales nació el Concilio Vaticano 2°.

Pero es este el tiempo que se nos ha concedido.  
Es éste, no otro, el mundo que viene entregado en nuestras manos y en nuestros corazones.

ALEGRÍA Y ESPERANZA, gaudium et spes (sic!), que sean también los colores de nuestro Coloquio que hoy abrimos juntos, en el nombre de un Amor más grande de nuestras fuerzas.

parte posteriora